



Hubo un tiempo, no tan lejano en que las mujeres chilenas podían ser madres, esposas, obreras, monjas, médicas, abogadas, campesinas, maestras, poetisas e inclusive mártires, pero no ciudadanas. Se les consideraba imprescindibles para sostener la vida, pero invisibles en la toma de decisiones. Mientras tejían futuro con manos silenciosas, les estaba vetado escribir la historia política de nuestro país. La puerta de la democracia, cuál Grecia antigua, para ellas estaba cerrada.

Fueron más de dos siglos de espera, desde la independencia de nuestro país en 1818 hasta el voto presidencial femenino en 1952, la exclusión se justificó por cualquier medio, en nombre de dios, del orden, de la biología, incluso de la moral. Toda excusa era válida para que la mujer no osara asomar su nariz en los salones donde se decidía el destino del país.

Mientras la humanidad se recogía entre los escombros de la 2ª guerra mundial y levantaba nuevos muros en la Guerra Fría, nacían alianzas y se gestaban revoluciones, en Chile una Gabriela recibía el Nobel de Literatura, pero irónicamente no podía trazar su línea vertical en la papeleta electoral. La paradoja dolía.

Es bueno recordar de vez en cuando que el derecho a voto no fue un regalo, ni un gesto de generosidad del poder de turno. Fue una conquista, a lágrima viva, rabia y esperanza. Una obra cincelada por mujeres incómodamente lúcidas y sobre todo valientes. Elena Caffarena, Amanda Labarca, Marta Vergara, Graciela Mandujano y tantas otras anónimas y muchas olvidadas alzaron la voz cuando lo bien visto era el silencio. Escribieron, marcharon y exigieron, se atrevieron a pensar, a pensar distinto, pero sobre todo a desobedecer.

La lucha por el voto también se vivió en las calles, hubo marchas, mítines y protestas organizadas por ejemplo por el Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer Chile-



Alondra Santibáñez Casanova
ABOGADA

na, cientos de mujeres alzaron su voz exigiendo derechos políticos plenos. Lo hicieron frente al Congreso e iglesias, en plazas y universidades. Fueron tildadas de histéricas, locas, y peligrosas. ¿Parece conocido este discurso? Gritaron y no pidieron permiso para ser libres frente a una sociedad conservadora que siempre las había preferido calladas. Incomodaron y persistieron.

El primer logro llegó el 8 de enero de 1934 con la Ley N° 5.357, el voto femenino estaba permitido para las elecciones municipales. Pero el verdadero cambio vino con la Ley N° 9.292, el día sábado 8 de enero de 1949, cuando las mujeres ganaron el dere-

cho a votar en elecciones presidenciales y parlamentarias. El jueves 4 de septiembre de 1952 el derecho cobró vida, según registros históricos cerca de 500.000 mujeres votaron por primera vez para elegir bien o mal, al presidente de Chile. Tras cerca de ciento veinticuatro años de independencia, más de la mitad de la población por fin era reconocida como sujeto político.

Desde la mirada jurídica, el voto femenino está protegido constitucionalmente así como y por tratados internacionales ratificados por nuestro país, entre ellos el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. Pero no nos confiemos de ello,

ningún derecho es eterno si no se le defiende. La historia nos ha enseñado que lo que se ha ganado también puede perderse, que los retrocesos no son imposibles y que el silencio es el mayor cómplice.

Hoy por ejemplo, aún persisten resabios legales que impiden la plena autonomía de las mujeres. El régimen de sociedad conyugal limita hasta hoy, la administración de los bienes propios de la mujer casada. La despenalización del aborto sigue atrapada en solo tres causas, con barreras que niegan, en la práctica, el derecho a decidir. Estas son señales de una arquitectura jurídica aún inconclusa, de una igualdad con muchos pendientes.

Mientras, el mundo sigue creyendo que el feminismo es una trinchera contra los hombres, y no una afirmación radical de justicia.

El voto femenino lejos de ser un privilegio concedido graciosamente, fue un derecho arrebatado a la indiferencia. Cada vez que votamos, lo hacemos también por aquellas que no pudieron. Cada absten-

ción, cada voto desinformado, es una herida en esa memoria. Los derechos de las mujeres, están siempre a prueba. Basta mirar hacia el oriente, donde países arrasan libertades, o escuchar ciertas peligrosas voces dentro del nuestro, para comprender con dolor que la amenaza sigue viva.

Elegir votar y elegir bien, no es solo un deber cívico, es un acto de conciencia histórica. Es honrar a quienes abrieron camino con sus cuerpos y sus nombres. Es proteger lo ganado para todas las que vendrán.

Cuando La mujer alza su voz en la política, no lo hace sola, la acompaña un eco antiguo y terco que viene desde mucho más atrás que su propia memoria. Todavía una mujer gobernando un país es símbolo de ruptura y cada mujer votando es señal inequívoca de que el país en que vivimos todavía puede cambiar de piel.

Como dijo Simone de Beauvoir, «no se nace mujer: se llega a serlo». Agreguemos: no se nace ciudadana... ese lugar se conquista y se defiende.